



## CAPÍTULO VII

### Austeridades del Párroco de Ars.—Su dulzura y paciencia.

LA gracia siempre funda su soberano dominio sobre las ruinas de la naturaleza y las aflicciones de la carne. Los que viven la vida de los sentidos y se derraman en todos los objetos exteriores, no hallan á Dios, que sólo viene al alma para enriquecerla con los más sublimes dones, después que le hemos dado y sacrificado todas las cosas. El Párroco de Ars lo había comprendido así, y por eso todo estaba mortificado en él: su corazón, su espíritu y sus sentidos. Bien podía decirse de esta grande alma que era señora absoluta del cuerpo que habitaba. Para él, nada era el cuerpo; nunca le llamaba más que su *cadáver*, palabra que, pronunciada con el acento del más sincero desprecio, encierra todo un tratado muy precioso de la mortificación. No le gustaba que le preguntasen por el estado de su *cadáver*. «Adán—decía—siempre va bien.» Padecía grandes dolores en el corazón, y se cuidaba tan poco de ellos, como si estuviesen fuera de su cuerpo: nada manifestaba al exterior, y por casualidad se notaban sus padecimientos.

Ya hemos visto que las alegrías austeras de la penitencia se habían revelado en el santo desde su infancia; y en pocos años adquirió el hábito precioso de esa virtud, iniciada en él con la vida laboriosa del campo. Desde entonces fué siempre en aumento el amor de la mortificación. «En este camino—decía—sólo es penoso el primer paso. La mortificación destila un bálsamo y sabor tan delicados, que no se puede pasar sin ellos cuando se han gustado, y se desea agotar la copa hasta el fin. En el ejercicio de la abnegación y del sacrificio no hay más que una manera de darse á Dios, y es abandonarse á Él enteramente, sin guardar nada para sí. Lo poco que se guarda sólo sirve para embarazar y hacer sufrir. Pienso muchas veces que sería mejor para mí poder perderme y no hallarme más que en Dios.»

El bienaventurado Párroco practicó en este particular todo lo que se dice de los Santos, y aun lo que de éstos parece más bien leyenda imaginaria que una verdad histórica. El espíritu de penitencia que se había naturalizado en él, le transformó en holocausto vivo, tanto más feliz en su unión con Dios, cuanto más ocasiones hallaba de probarle su amor por nuevas inmolaciones. Se abstenía de beber cuando tenía sed; se privaba de oler una flor; consentía la pesada molestia de las moscas y mosquitos; sufría con gusto cualquier mal olor; no manifestaba disgusto ante los objetos más repugnantes, ni se quejaba, aunque tuviese motivos fundados para ello; no se sentaba jamás, ni se apoyaba cuando estaba de rodillas.

El frío le hacía padecer muchísimo, pero jamás empleó ningún medio para preservarse de él.

En cierta ocasión, viendo un buen amigo del san-

to Párroco el mal estado en que se hallaba su quebrantado cuerpo, á causa de las muchas horas que pasaba en una misma posición, arregló unas almohadillas dentro del confesonario. Mas al día siguiente, en cuanto las vió Vianney, las hizo pedazos con un movimiento de santa indignación, y obligó á que se las quitaran de allí.

Otro día, habiendo observado la señora Condesa de Garets que el buen Párroco tosía mucho, le mandó por su doncella un frasquito de jarabe. «¿Qué es esto?—exclamó Vianney.—Volvedlo en seguida á la señora, y dadle las gracias: que rece un Padrenuestro y Avemaría por su pobre Párroco: esto es mejor que el jarabe.»

Durante su convalecencia le enviaban dulces y conservas. «Llevadlo — decía — para la madre Gono» (una pobre mujer de la parroquia), que tiene más necesidad de eso que yo.»

El mismo Párroco manifestó á uno de sus Misioneros que en un invierno riguroso creyó se le iban á helar los pies. «Cuando salgo del confesonario—le decía—es necesario que busque mis piernas y las toque, para saber si las tengo. No puedo sostenerme; salgo de la iglesia apoyándome en los bancos y sillas. ¡Bah! En el Cielo seremos bien recompensados, y no pensaremos ya en esto.»

Trabajaba sin tasa ni medida. Cuando, después de haber pasado el día en incesante ocupación, se le avisaba que un enfermo deseaba verle, corría presuroso á visitarle, sin que le detuviesen sus dolencias, ni la hora, ni el temporal, ni la distancia: siempre estaba dispuesto para llenar este heroico ministerio.

A los rudos y penosos trabajos del día sucedía una

noche de corto descanso, tres ó cuatro horas. Lo que pasaba entonces en la austera soledad de aquella habitación que hemos descrito, sólo Dios lo sabe: nadie se ha atrevido á sorprender tal secreto. Hay motivos fundados para creer que, después de haber consagrado el día á los hombres, buscaba en Dios la reparación que necesitaba su alma y su cuerpo. En ese precioso tiempo, sin duda, le daba el Buen Maestro, con el encanto de su santa presencia é inefables comunicaciones, el céntuplo de los goces que él le había sacrificado; y le ofrecía el reposo delicioso en su Corazón sagrado, para que descansase de las fatigas que voluntariamente había abrazado por su amor y el interés de su gloria.

El venerable Vianney ha declarado que no dormía dos horas, y que una sola de buen sueño hubiera sido suficiente para hacerle *galopar*. En verano sufría un verdadero martirio cuando, sofocado por el calor, rendido por el ejercicio continuo de la palabra, y tosiendo sin cesar, se tendía sobre su pobre lecho. Bañado en sudor, daba continuas vueltas, buscando siempre una posición para descansar, y no hallándola jamás: se levantaba cuatro ó cinco veces por hora, y estaba tan debilitado y rendido, que no podía tenerse en pie. Muchas veces le ha ocurrido caerse, yendo de su casa á la iglesia, y tal estado de postración no le detenía jamás, concluyendo por triunfar de todo.

Verdad es que en la constitución del Párroco de Ars había un no sé qué de nervioso elástico que, no bien perdía las fuerzas, cuando al instante las recobraba; nunca estaba más cerca de restaurar su vigor que cuando se sentía muy postrado. La multitud que le asediaba por todas partes, la tarea interminable

del confesonario, el púlpito y todo lo que debía aminorar sus fuerzas, se las aumentaba. A medida que las necesidades de la peregrinación lo exigían, se multiplicaba en todas partes, haciéndose superior á sí mismo. Cuando necesitaba aumento de fuerzas, Dios se las daba, y en medio de un trabajo capaz de gastar la más robusta existencia, le llenaba de nuevo y especial vigor.

Los primeros años del apostolado del siervo de Dios fueron el principal período de sus austeridades. Ya hemos hablado de ellas en otra parte: ahora sólo indicaremos algo de lo mucho que sobre este particular pudiéramos decir.

Lo que entonces concedía á su cuerpo, parecía no ser tanto para conservarle la vida, como para impedirle morir. Cierta noche llegó de la iglesia muy débil; comió una patata, tuvo la tentación de tomar otra, y se detuvo diciendo: «La primera era por necesidad; »la segunda sería por placer.»

El Párroco de Ars practicaba, además del ayuno, otro género de penitencias. Según confesó á uno de sus Misioneros, dormía algunas veces en el sótano sobre paja, y, cuando se sentía molestado de un lado, se volvía al otro.

Juana María Chaney y Catalina Lassagne atestiguan haber hallado en la habitación del Párroco varios instrumentos de penitencia: cilicios, cadenas de acero y cuerdas nudosas, terminadas por una bola de hierro. También encontraron cuatro ó cinco disciplinas de hierro usadas, y brillantes como la plata. Los ramales estaban armados de pedazos de hierro ó de plomo, y afirman, igualmente, haber visto la ropa interior llena de sangre.

Una persona digna de fe, la señorita Catalina Lazon, fué invitada á pasar la noche en casa del señor Párroco, con motivo de haber dado hospitalidad á un desconocido que se decía sacerdote, y que inspiró á todos recelos y temores fundados, pues que al día siguiente desapareció sin aviso: oyó entonces dicha señorita los crueles golpes con que por espacio de dos horas castigaba su cuerpo el venerable Párroco, y no pudiendo contener las lágrimas al oír tan terrible mortificación, exclamó: «¡Y no concluirá!»

Alguna vez dijo á personas de su confianza: «Por »la mañana necesito darme algunos golpes de disciplina para hacer andar á mi cadáver: esto despierta »las fibras. ¿No habéis visto los domadores de osos? »Bien sabéis que domestican esas malas bestias á »fuerza de palos. Así es como se doma el cuerpo, y se »domestica el viejo Adán.»

Si hacia el fin de su vida, cuando su existencia se sostenía por milagro en medio de tantos trabajos, mitigó sus austeridades, fué porque comprendía que las enfermedades y achaques de la vejez son penitencias continuas que Dios nos reserva, y son de mayor mérito que las que nosotros nos imponemos. Además, sus Superiores le habían obligado á variar el régimen, y obedecía porque su voz era para él la voluntad de Dios. Esto no obstante, se reprendía frecuentemente de comer con exceso, y apenas puede creerse el poco alimento que tomaba: con una libra de pan tenía para la semana, y muchos días sólo bebía agua. Jamás comía carne dos días seguidos, y pasaban semanas enteras sin probarla. Cuando el siervo de Dios comparaba su método de vida en la vejez con el de sus primeros años, decía: «Si en la edad pasada hu-

»biera vivido como ahora, habría muerto de pena.»

Lo que es eminentemente instructivo y pone el sello á la virtud y vida purísima del siervo de Dios, es que la misma inclinación sentía hacia la mortificación voluntaria, que hacia la que no era de su propia elección. Siempre que había motivo de humillación, de privación, de dolor ó de contradicciones, todo lo sufría en silencio, con una serenidad de alma, con una resignación y paz tan dulces, y con un abandono tan completo á la voluntad de Dios, que bastaba tener en cuenta su heroica paciencia en medio de las calumnias lanzadas contra su nombre y conducta, y en medio también de las pruebas y contradicciones sin número que sufrió desde el principio de su ministerio pastoral, para considerarle gran siervo de Dios y verdaderamente santo.

Jamás se creyó ofendido por los ultrajes que directamente se le hacían; los agravios que recibía nada significaban para él, porque se consideraba digno de todo desprecio.

Cierto día recibió una carta llena de insultos, y poco después otra que le colmaba de elogios, y en que con verdadera veneración y respeto se le llamaba santo. Dió cuenta de este contraste á sus Hijas de la *Providencia*, y las dijo: «Ved el peligro que hay en »dejarse impresionar de los sentimientos humanos y »juicio de los hombres. Si esta mañana hubiera hecho »caso de los insultos que se me dirigían en la primera carta, de seguro hubiese perdido la paz del alma; »y si no me hubiese puesto en guardia contra los elogios de la segunda, la vanidad y el orgullo me hubieran tentado. ¡Oh cuán prudente es no fiarse del »juicio y vanas opiniones de los hombres!»

En la época de mayores pruebas y tribulaciones para el venerable Párroco, escribió al señor Obispo una carta que le hubiera puesto á cubierto de muchos disgustos por entonces y para adelante; pero, al firmarla, recordó que era viernes y la rasgó, diciendo: «Hoy es viernes, día en que el Señor llevó su »cruz; es necesario que también yo lleve la mía. Hoy »es menos amargo el cáliz de las humillaciones.»

El venerable Vianney ha confesado que tenía un carácter impetuoso, el cual consiguió modificar haciéndose gran violencia. Mucho ha debido trabajar para vencerse, porque nosotros le hemos conocido siempre como modelo perfecto de dulzura y paciencia. No es posible formar una idea exacta de todas las necedades, absurdos y ultrajes groseros que se le decían en su cara. Tratábasele de ignorante, de bestia y otras groserías por el estilo, que oía con paciencia y alegría; más aún, repetía con mucha gracia lo que de él se decía, añadiendo luego: «Es un acto de »justicia: merezco ser tratado así.» No sabemos, pues, qué admirar más, si su profunda humildad ó su invencible paciencia.

No fué menor la abnegación bajo el concepto de ser dueño de sí mismo; porque ¿quién puede contar las victorias que el venerable Párroco ha alcanzado sobre sí propio, triunfando siempre, hasta el fin de su vida, de la inclinación y gusto que sentía hacia el retiro y soledad, adonde le llamaban á la vez su humildad y su vivo deseo de una vida más perfecta, más separada de la ruidosa multitud, y más próxima á Dios? Aunque desprendido, en lo posible, del mundo y de todo lo que á éste pertenecía, su alma estaba aún en contacto con las cosas exteriores, y ese contacto

le repugnaba; pero todo lo sufría con dulce paciencia por hacer la voluntad de Dios, que es en lo que consiste la verdadera virtud. Pues no consiste ésta en hacerse superior á las penas y fatigas de la vida purgativa, ni tampoco á las alegrías y dulzuras de la vida unitiva, sino en la preferencia que se da, sobre todas esas cosas, á la austera práctica del deber, porque el deber es la ley misma de Dios. No es, pues, la virtud estoica de los antiguos filósofos, que desde lo alto de su indiferencia afectada decían al dolor: *¡Tú no eres más que una palabra!* La verdadera virtud reconoce que el dolor es un mal, lucha contra él, siente repugnancias mortales; pero le sufre con resignación cristiana, y se somete resignado y gozoso, diciendo: *Hágase la voluntad de Dios. Hágasè ¡oh Dios mío! no lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis. No mi voluntad, sino la vuestra. Non mea voluntas, sed tua fiat.*



## CAPÍTULO VIII

**Cualidades infusas del Beato Vianney.—Su intuición.—Su presciencia.—Sus dones.**

**L**AS divinas luces infusas que el Párroco de Ars recibía, tenían ordinariamente por objeto la dirección de las almas, que era su ministerio principal.

Llegó á Lyon cierta joven de Saboya para asistir á la ceremonia de la toma de hábito de una hermana que entraba en la Trapa: antes de volver á su país, fué á Ars con el fin de consultar al santo Párroco sobre el grave negocio de su vocación, pues hacía ya algunos años que pensaba ser religiosa. Entró en la iglesia precisamente cuando se hacía el ejercicio de la tarde: bajaba el santo Párroco del púlpito, y al pasar por entre un grupo de peregrinos, la distingue en medio de la multitud, la llama, y la dice: «Mañana os hablaré, hija mía: tengo algo que deciros.» Creyendo esta señorita que el siervo de Dios se habría equivocado, no se fijó en lo que había dicho. Al día siguiente por la mañana entró en la iglesia, sin acordarse de lo ocurrido el día anterior á la hora del Ca-